

www.cuadernosdelaberinto.com

EDITORIAL
CUADERNOS DEL LABERINTO



2006-2026

www.cuadernosdelaberinto.com

Eva María San Segundo Jiménez

LA COSTUMBRE
DE VOLVER



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, nº 164—

M A D R I D • M M X X V I

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © EVA MARÍA SAN SEGUNDO JIMÉNEZ

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Del prólogo © ASCENSIÓN RIVAS

Fotografía de la autora en solapa © JEB PHOTOGRAPHY (JUAN ENCINAR)

Fotografía de cubierta © ALEX SILVERZ
Fotografías interiores: Pág. 11 © VERSUS STUDIO. Pág. 21 © PALINCHAK
Pág. 37 © ARVITALYAA. Pág. 47 © GEORGE GKOUMAS
Con licencia de Depositphotos



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por COPIAS CENTRO (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra:
www.cedro.org • 91 702 19 70 / 93 272 04 45

Impreso en España.

Primera edición: OCTUBRE 2026

Depósito legal: M-24123-2026
I.S.B.N: 979-13-87751-53-1

LA COSTUMBRE DE VOLVER, ESE HÁBITO HUMANO

ASCENSIÓN RIVAS

CATEDRÁTICA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Conocer personalmente a un autor nos permite contemplar su obra desde un mirador privilegiado. Es lo que me ocurre con Eva San Segundo, que se inicia con pie firme en la publicación de sus versos. Como ella misma resume en el título de este libro y revela la lectura, existe la costumbre de volver a lo ya vivido, un hábito, como el de escribir, esencialmente humano.

Recuerdo que el aula era inhóspita porque la pandemia lo fue y porque todos llevábamos parte del rostro cubierto. Pero también recuerdo a aquellos alumnos, entre los que estaba Eva: la chispa de la juventud en sus ojos atentos, el ansia de saber; la gratitud por haber conseguido que la biblioteca fuera un espacio académico, a pesar de la distancia física y de las pantallas; la revelación del valor que cobraban las clases presenciales; el silencio como manifestación comunitaria de trascendencia... Fue realmente un curso revelador. Más tarde volví a coincidir con ella en otras aulas y en circunstancias más favorables. Y tuve que aprender a recomponer su cara, como la de sus compañeros, cuya realidad distaba de la que había imaginado.

Una de las grandes satisfacciones para un profesor radica en la oportunidad que se le ofrece de acompañar a algunos jóvenes durante un período clave de su etapa formativa, por lo que resulta especialmente grato constatar que, pasado el tiempo, caminan solos. Como demuestra este libro, Eva San Segundo lo hace en el ámbito de la literatura; de ahí que, siendo esta mi competencia, el deleite sea doble.

La costumbre de volver se inscribe en el entorno de una poesía experiencial con la que el sujeto lírico aspira a explicarse el mundo, aunque sin desentenderse del lector. Si la motivación

inicial de la escritura es esclarecer la realidad, la conciencia de un tú implícito muestra la intención de compartir una vivencia que quizá sea útil a otros.

El libro está compuesto por cuatro partes que describen circunstancias vitales de un mismo yo durante la infancia y la primera juventud, con guiños a un futuro que se vislumbra con curiosidad y esperanza. En la primera de ellas, «Las habitaciones de la infancia», se introducen algunos de los temas que se repetirán con deliberada insistencia a lo largo del poemario: el paso del tiempo, la memoria, la maduración personal, la ausencia, el silencio o el misterio son algunos de ellos. El sujeto parte aquí de un lugar físico concreto —la casa— que se revela como espacio de cobijo, aunque también se perciben resquicios por los que se filtran los secretos y la soledad. Dentro de ese ámbito, la familia se presenta como un lugar acogedor en cuyo centro está la madre, un ser capaz de mostrar el cuidado con gestos pequeños y de poner orden en el caos del mundo. Pero una madre también tiene sus enigmas y este conocimiento resulta revelador: «Las madres siempre parecen invencibles / hasta que una noche descubres / que también conocen el miedo, / la incertidumbre, / las ganas de desaparecer cinco minutos / del peso insoportable de los días». La infancia empieza a quedar atrás cuando se descubre la fragilidad de quien parecía invulnerable. A pesar de todo, la esencia de la madre como guardiana del hogar se mantiene intacta en el amor y se hace presente en el recuerdo de sus «manos lentas sobre la ropa limpia», capaces de revelar una forma propia de resistir «aunque el mundo entero / pareciera venirse abajo». Mientras tanto, el yo descubre una presencia personal y una forma privativa de entender la realidad, aunque desaparezca con el tiempo. De ahí que escriba: «[l]a infancia deja ruinas extrañas». Y después: la memoria «[c]onserva versiones nuestras / que ya no existen».

En «Los días del amor imperfecto» reconocemos al sujeto lírico entristecido por una relación que, al marcharse, deja tras

de sí un vacío que ocupa el recuerdo. El amor de pareja se revela aquí como un lugar defectuoso que, sin embargo, le confería arraigo al yo y le invitaba a recrear su deseo de permanencia. Se trata —y por ahí aparecen grietas— de un amor a distancia que transforma la ciudad en espera y que está cruzado por trenes de ida y vuelta. Surgen entonces estaciones —siempre zonas de paso— que acogen las despedidas y en las que el sujeto lírico se queda solo y desconcertado. En estos poemas, el amor se transforma en un espacio anhelante que vive del recuerdo. El final de la relación es simple, como lo son los hechos trascendentales de la vida. Llega lentamente, con sus anuncios previos, hasta que se diluye en el silencio. El duelo que aparece después es una herida que sangra, aunque más tarde se mitiga y se transforma en memoria, en una aflicción que debe transitarse en soledad («hay tristezas / que cada persona debe cruzar sola»). Solo entonces muda en conocimiento y en maduración, a pesar de que el dolor sigue funcionando como un bajo continuo. Pero, ¿qué es vivir, sino transitar entre espacios inhóspitos y acogedores mientras se aprende a resistir?

La tercera parte —«Calles, trenes y ventanas»— recupera una ciudad más abierta. Aparece en ella una capital universitaria reconocible donde los pisos alquilados y su provisionalidad contrastan con el refugio de la casa familiar de la primera parte. En estos poemas, el poso del amor doméstico se ha transformado en la amistad leal de los compañeros, una comunión entre iguales irrepetible, un sentimiento que ilumina la vida y hace más llevadero el recuerdo. De nuevo se insiste aquí en la maduración personal («crecer consiste también / en aprender a convivir / con la soledad de los demás», afirma el sujeto lírico), un *leitmotiv* del poemario junto a la memoria y el recuerdo. Esta nueva ciudad, distinta de la habitada en la infancia, se identifica también con espacios comunes que reflejan el devenir del sujeto lírico: las bibliotecas, las calles, la vivienda compartida o los paseos en compañía por

ciertos lugares que denotan un nuevo arraigo. Es entonces cuando la memoria, que se niega a esconderse, aparece como amplificadora de la realidad: «La memoria exagera ciertas cosas: / los amores, / las ciudades, / las pérdidas».

En la última parte («La memoria como refugio») se recupera uno de los motivos recurrentes del poemario, que se erige en el lugar donde se preservan voces, olores, canciones y algunas experiencias queridas. En este apartado encontramos composiciones en las que el yo lírico se presenta, al fin, en un ámbito de madurez («La edad adulta»), una etapa en la que, como ha observado con sorpresa y perspicacia, «todos estamos improvisando». Estos últimos textos abundan en comparaciones entre el pasado —lo que fuimos— y el presente —lo que somos— para concluir que quizá la identidad no sea más que «una multitud de versiones antiguas / aprendiendo a convivir dentro del mismo cuerpo». Otras veces los poemas dialogan entre sí, como sucede entre «Mi yo de dieciséis años» y «Carta a quien seré». En ellos el sujeto actual se sitúa entre la adolescente de ayer y la mujer que imagina en sazón, a la que le pide que mantenga la esencia de la que ha sido hasta ahora («Ojalá, cuando la vida se vuelva difícil, / todavía seas capaz / de encontrar refugio / en los libros, / en ciertas canciones, / en la luz encendida de algunas casas / mientras anochece»). «La costumbre de volver», finalmente, cierra el libro enlazando su título con el del poemario, como en un eterno retorno al origen. En él, el acto de creación revela su trascendencia («Por eso escribo. // Para conservar algo. / Aunque sea mínimo») y sitúa el libro en la estela de todos los que, desde Aristóteles, han elogiado el valor de la escritura contra el olvido.

Ave, Eva, al mundo de la poesía.

Salamanca, 13 de septiembre de 2026

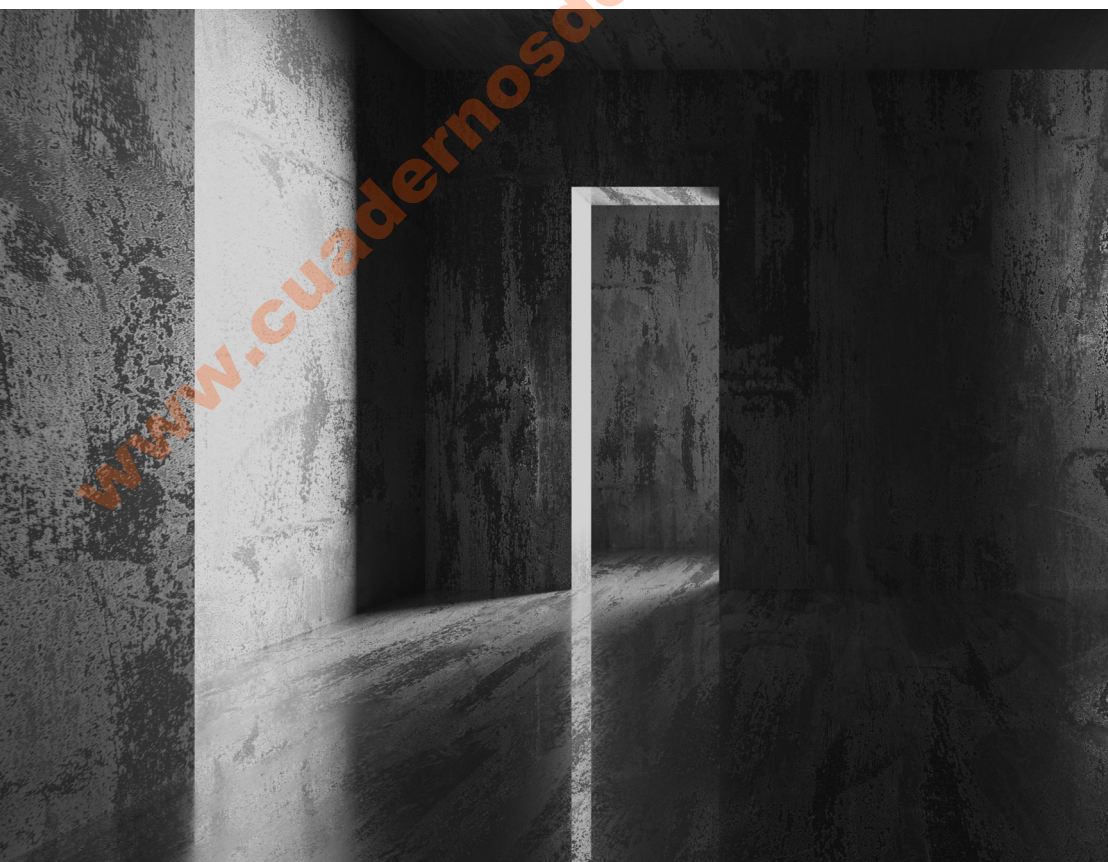
Eva María San Segundo Jiménez

LA COSTUMBRE DE VOLVER

www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

LAS HABITACIONES DE LA INFANCIA



www.cuadernosdelaberinto.com

LA CASA DONDE AÚN HABLAN LAS COSAS

La casa de mi infancia olía siempre
a café recalentado y mandarinas.
Había una humedad antigua en los pasillos
y una luz amarilla resistiendo
sobre el mantel de flores de la cocina.

Mi madre abría puertas lentamente,
como quien no desea despertar recuerdos.
El invierno vivía entre las baldosas
y el brasero parecía un corazón cansado
respirando debajo de la mesa.

Yo aprendí allí que las casas escuchan.

Que saben cuándo alguien llora en silencio,
cuándo una discusión se queda suspendida
igual que el humo inmóvil de las cenas,
cuándo el amor empieza a parecerse
a dos desconocidos compartiendo calendario.

En el armario del cuarto de invitados
había mantas ásperas, fotografías,
cartas que nadie quiso ya releer.
Toda familia guarda un cementerio pequeño
entre sábanas limpias y cajas de zapatos.

A veces pienso
que crecer consiste únicamente en esto:
en regresar a sitios que ya no existen
y seguir encontrando nuestra sombra
sentada todavía junto a la ventana.

INVENTARIO DOMÉSTICO

Una silla torcida.
El reloj de pared adelantado seis minutos.
Los vasos Duralex verdes.
Una radio pequeña hablando sola en la cocina.

Mi abuelo leyendo el periódico
como si pudiera arreglar el mundo
pasando páginas despacio.

Las persianas bajadas en agosto.
El ventilador girando con pereza.
El sonido lejano de los vecinos
viendo concursos en televisión.

La infancia no era feliz.
Era otra cosa.

Una sucesión de detalles diminutos
que ahora regresan
cuando menos lo espero:

el tacto frío del mármol,
las discusiones apagadas detrás de una puerta,
mi nombre pronunciado desde el pasillo,
el miedo absurdo a la oscuridad del baño,
las siestas eternas de verano
mientras afuera el barrio seguía vivo.

Nadie nos explica
que la nostalgia funciona como un incendio:
empieza en objetos pequeños.